

El lenguaje de la mili, testimonio de una época



FÉLIX RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Lexicógrafo y sociolingüista.
Catedrático de la Universidad de Alicante

Cuando la vida en el cuartel, tal y como la han vivido los reclutas durante las últimas centurias, toca a su fin, a resultados de la inminente profesionalización de nuestras Fuerzas Armadas, bueno es que nos paremos a pensar por un momento en el sentido de su lenguaje. No son pocos los libros que se han acercado a la figura del soldado desde variados puntos de vista como la sociología, la antropología, la psicología y la ciencia militar, pero muy poco se ha escrito sobre el cúmulo de expresiones pintorescas de carácter informal y vulgar de que hace uso y que conocemos con el nombre de argot. El valor de este vocabulario tan especial no es desdeñable pues ayuda a comprender mejor la idiosincrasia de sus hablantes.

Si el lenguaje nos retrata a cada uno de nosotros, esto es tanto más evidente en la «mili» por tratarse de un grupo juvenil que vive aislado, casi herméticamente cerrado al exterior y, en la mayoría de los casos, contra su propia voluntad. En tales circunstancias sus palabras se convierten en aliento incontrollado que ineludiblemente nos ha de revelar datos sobre su psicología, sus maneras y su forma de vida.

Sin duda, el rasgo más destacado por los sociólogos y antropólogos que se han ocupado del servicio militar y la vida del soldado, en todo tiempo y lugar, ha sido la dureza, la duración y la obligatoriedad de dicho servicio. La dureza del cuartel y de la guerra en el pasado dio lugar a un extenso campo léxi-

co para significar la huida, el rechazo o la reducción del periodo de prestación militar (deserción o fuga, redención, sustitución, exención, exclusión, expeptuación), que en nuestros días ha sido ampliado con la prestación social sustitutoria, la objeción de conciencia y la insumisión. Quien se ve obligado a «hacer la mili» describe esta acción con muy diversos sinónimos (chupar, curvarse, machacar, mamar, patear, planchar... la mili) y lo mismo ocurre con «hacer guardias» en las largas noches cuarteleras (chupar garita, ser carne de garita, estar de plantón, pelar una guardia, etc.). Y, obligado a ello, la mayor preocupación del recluta consistirá en evitar en la media de lo posible el trabajo rutinario (escaquearse se convierte en un deporte general y también en un arte) y, en las horas libres, medir y marcar el paso del tiempo que falta para conseguir la «blanca» («cartilla militar») y quedar «dili» («diciendoc») para lo que se sirve de un «asfixiómetro» («especie de calendario donde va tachando diariamente los últimos 90 días»).

La «obsesión con el tiempo» se refleja en la terminología tan expresiva que emplean los soldados para aludir a los periodos de tiempo cubierto, o el que falta para licenciarse. Esto se manifiesta de dos maneras: por un lado, en los tratamientos que se dan entre sí por medio de un variado número de metáforas, entre las que tienen como asociación a la familia (hijo, padre, abuelo, bisabuelo) cuyos significados son el mejor indicativo de que la veteranía es un grado. Por otro, a través de frases basadas en la rima con las cuales se alude festivamente, y de manera más o menos implícita, al tiempo que llevan de servicio o al que les queda por cumplir (flecha, porque «leva

media mili hecha», lavadora, «por-cho de quedan horas», mesías, «de quedan días», rana «ya no repite semana», romano, «los días (que le quedan) nos cuenta con la mano», vikingo, «ya no repite domingo». Este «argot rimado» constituye un fenómeno muy peculiar e interesante lingüísticamente por lo insólito en el idioma español, comparable al «rhyming slang» de los «cockneys» londinenses, del que recientemente se ha ocupado mi colega Antonio Lillo en una espléndida monografía.

Otro rasgo que de algún modo defina al soldado en el cuartel es la «obsesión con la sexualidad» y la exhibición de la masculinidad. Ahora, bien mirado, en realidad los soldados que prestan el servicio militar no son más machistas ni muestran una sexualidad más reprimida que el resto de la sociedad. Lo que ocurre es que, en las condiciones en que se desenvuelven, como explica José Luis Anta «se produce simplemente una exageración de los valores más tradicionales, que se ven comprimidos en un espacio y tiempo exclusivamente masculino y, por lo tanto, su presentación de conjunto es más directa, menos matizada y velada que en la sociedad que lo sustenta y justifica». Como podría esperarse, el lenguaje refleja este comportamiento, y de ello dan testimonio expresiones como virgo («recluta novato»), novia («fusil»), ir de sida o de guarras («ir de putas»), pelársela («masturbarse»), dos piedras («machacácatela con dos piedras, fastidiarte»), tener línea («el pene erecto»), y novatadas del tipo tirarse a la rubia o follarse la almohada.

La dureza de las condiciones de vida en el cuartel y el acendrado espíritu jerárquico que caracteriza a sus moradores se plasma fielmente también en los tratamien-

tos. Con respecto a los mandos existen fórmulas ritualizadas como a la orden + mi + (título o rango: coronel, sargento...) o usía (para dirigirse al teniente coronel), que perviven después de una tradición centenaria y expresan a las claras la extremada semántica de «poder» que impera entre los militares, especialmente en relación con los grados inferiores que se ven sometidos a una aquiescencia crítica a la jerarquía y, lo que es peor, a una casi total despersonalización. Y esto de una manera literal, no metafórica, pues para el mando o superior el recluta ha venido siendo un mero número, un código cifrado, cual si de una matrícula de coche se tratara. Muy bien nos lo recuerda en «Ardor guerrero» (1990) el escritor Antonio Muñoz Molina, oriundo de Jaén, quien en el cuartel en el que le tocó servir respondía al nombre de J-54.

Entre la clase de tropa lo más normal ha sido llamarse unos a otros no por el nombre, apellido o número, sino por el pueblo, ciudad o incluso provincia de procedencia (por ejemplo, «¿dónde estás, Murcia?», «ven pa cá, Sevilla»). En esto hay que ver igualmente una cierta despersonalización, y también algo de funcionalidad, pues en una misma compañía podía haber muchos «José» y muchos «García», pero probablemente sólo un soldado de Rioseco, pongamos por caso. A los estudiantes que iban al IMEC (la denominación de las antiguas Milicias Universitarias), los mandos les llamaban por el apellido, y entre ellos se llamaban por el nombre. Eso sí, como en toda comunidad cerrada, enseguida aparecían múltiples apodos describiendo metafóricamente y con un toque de humor algunas de sus características más

sobresalientes: «el buitre», «la gacela atómica», «el asfixia», «mosca», «el niño», «tirillas», «holocausto» (uno muy delgado), etc.

Con todo, el peor tratamiento es el dispensado al soldado por sus propios compañeros cuando intentan marcar diferencias de jerarquía. En un grupo donde se sobrestima la veteranía, y el aburrimiento y el hastío convierten el paso del tiempo en una eternidad, el soldado veterano se dirige al recluta con una galería interminable de epítetos de los más soeces recorriendo la escala zoológica inferior hasta descender a sus especímenes más despreciables (bicho, chivo, chinche, sapo, pollo, monstruo). Se trata de un humor negro constituido a partir de metáforas degradantes en tanto que evocan la escala animal, a veces con connotaciones despersonalizadoras (bulto, bulto civil) a cual más humillante. Y son la mejor ilustración de la falta de una semántica de «solidaridad» entre miembros que, por su posición en la escala jerárquica, deberían ser los más próclives a sostenerla.

Hechos sociolingüísticos como éstos dan argumento a quienes sostienen lo absurdo de la vida militar, en las condiciones en que se ha desenvuelto hasta ahora. Verdad es que no falta quien ha visto en la mili un factor de cohesión social, especialmente cuando se piensa en los jóvenes provenientes de poblaciones rurales, pero en muchos casos ha sido una cohesión negativa en torno a unos valores convencionales y tradicionales, según señalara Umbral. Esperemos que la aparición delansado ejército profesional termine con estos atavismos y cree una nuevas condiciones y unos nuevos valores y actitudes que hagan más humana la existencia de por sí dura del soldado.